



AYER Y HOY



N.º 31

Septiembre-October 1952

NUESTRA PORTADA

Vista de Toledo,

por J. Ruiz de los Paños.

SUMARIO

J. F. Rivera Recio.—La más antigua descripción de Toledo.

Guillermo Téllez.—El Renacimiento en Toledo.

Pincel.—Algo sobre las marinas.

Página poética.

Clemente Palencia.—Publicaciones de nuestros asociados.

Gonzalo Payo.—El pasado que no vuelve.

Pablo García Manzano.—El Miradero.



LA MAS ANTIGUA DESCRIPCION DE TOLEDO

Por JUAN FRANCISCO RIVERA
Canónigo Archivero

A mediados del siglo IX se compuso en Deuil, en las cecanías de París, la *Passio* de San Eugenio, primer arzobispo de Toledo. Su texto ha llegado hasta nosotros en dos redacciones distintas: la más breve es posterior y resume la otra más extensa; conservada en tres códices del siglo X: el 13.764 de la Biblioteca Nacional de París, el 1820-27 de la Biblioteca Real de Bruselas y el R-27 de la Biblioteca Real de La Haya. Los tres proceden más o menos directamente del texto original, que con ayuda de ellos se puede reconstruir con exactitud.

Allí se lee un párrafo dedicado a Toledo, donde resaltan más las inexactitudes que los aciertos y cuya traducción queremos dar a conocer, porque constituye, según creemos, el más antiguo testimonio escrito sobre esta ciudad. Dice así:

«Toledo es una muy preclara ciudad metropolitana de España, que aventaja en excelencia a todas las restantes urbes de este reino. Levantóse en las riberas del Tajo, río que abunda en pescados de diversas clases. La urbe goza de un sitio rodeado de viñedos y de los frutos de toda suerte de árboles, así como también se alegra con los olivares, que en ella abundan como en nuestra región (de París) las viñas, y con la fecundidad de todos los frutos de la tierra. Además se encuentra tan fortificada por los montes Pirineos (!!!), que con sus alturas parecen tocar el cielo, que es considerada como inexpugnable para todos los enemigos».

Este es el párrafo que queríamos subrayar y que podía formar parte de una antología geográfica de

Europa hecha en el siglo IX. El autor es un individuo que no conoce nada más que por referencias y de oídas el sitio de que se ocupa.

Toledo, sometida a la sazón a los árabes —dato que el hagiógrafo silencia o desconoce—, tiene un nombre en la Francia carolingia del siglo IX. La corte se ha constelado de eminentes personajes eclesiásticos de procedencia hispana y la ciencia española de la última época visigótica fué magnífica levadura del renacimiento carolino. El nombre de Toledo se trasmite a esta alejada posteridad francesa orlado de fama y como foco eclesiástico, político y cultural de insuperables destellos. Un itinerario medieval de celebridades ha llegado hasta nuestros tiempos, en el que se exaltan las más heterogéneas especialidades regionales: los pollos de Narbona, el trigo de los Campos Góticos, las mulas sevillanas, los caballos de Mauritania, las lanzas galas, la miel de Galicia, y... de Toledo la cultura y el saber: «*Disciplina atque scientia de Toledo*». ¡Cómo se encargó de airear este orgullo ciudadano el arzobispo Elipando en su reciente polémica adopcionista con los teólogos de la corte de Carlomagno! Pero además la resonancia toledana tenía en Deuil otra razón perentoria, pues allí se encontraba sepultado el cuerpo de un santo arzobispo de dicha ciudad, San Eugenio, taumaturgo famoso y centro de peregrinaciones de todas las Galias. El presbítero custodio del santuario, que es el autor probable de la *Passio* de San Eugenio, había oído hablar de la ciudad y de algunos datos de su situación geográfica. Pero la información debió ser muy somera e imprecisa. Sin embargo:

él sabe que en Toledo hay un río llamado Tajo, en cuyas riberas se encastilla la ciudad, tenida por inexpugnable, por hallarse rodeada de altos montes, que él supone que son los Pirineos, pues tal vez son los únicos montes de España de que él tiene noticia; que en Toledo abundan los viñedos y sobre todo los olivares. Esto último quizá sea el dato más interesante que la narración encierra. La mención de los olivares españoles y sobre todo los toledanos, consignados desde el corazón de Francia en un documento del siglo IX, plantaciones que vienen a ser la característica de la comarca, como las vides lo son de la región parisina, es una aportación valiosa para la historia de la economía nacional tan necesitada de referencias y puntos de apoyo.

Toledo aparece en esta primera descripción como ciudad envidiable y merecedora de la predicación cristiana llevada a cabo en ella por San Eugenio.

El autor, como se puede probar por la simple comparación, está bordando el relato sobre el cañamazo utilizado por el monje sandionisiano Hilduino cuando escribió la *Passio* de San Dionisio. Es uno el mismo esquema de las dos hagiografías, y como en ésta se hace una descripción de París, lugar misionado por San Dionisio y sus compañeros, él tuvo que juntar y barajar sus menguados conocimientos de la ciudad de San Eugenio y reseñar en el escrito lo que había conseguido averiguar que, ciertamente, no es mucho ni digno de gran estima, aunque los toledanos de hoy debemos agradecerle esta primera descripción de la ciudad.

TOLEDO EN EL ARTE

EL RENACIMIENTO EN TOLEDO

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo



Aunque este estilo no tiene en Toledo una obra tan significativa como tiene el gótico con la Catedral, ni encarna tanto como el mudéjar, nos presenta una gran faceta en el Plateresco, y nos ofrece, en pintura, la gran figura del Greco; realiza la última estructura del Alcázar y da su forma definitiva a la casa toledana, como hemos demostrado en un folleto de reciente publicación.

Tal vez no sea tan apreciado como merece por estar la ciudad llena de obras del arte mudéjar, y por ofrecer dos grandes ejemplos góticos sin rival en la Catedral y San Juan de los Reyes.

En el aspecto literario e histórico, el Renacimiento deja aquí sus huellas, por las grandes figuras que en Toledo se mueven. Nace Garcilaso y viven y mueren Baltasar de Castiglione, obispo de Avila, Pedro de Berruguete y Navarrete «el mudo». Las artes viven protegidas bajo el mecenazgo cardenalicio de Cisneros, Tavera y Siliceo, y puede considerarse como el gran artífice del renacimiento en la Catedral el canónigo obrero D. Diego López de Ayala, consumado traductor del italiano.

Arquitectura.—La principal obra en que se define el renacimiento italiano, es el Hospital de Santa Cruz de Mendoza, edificio al que dedicaremos nuestra preferente atención por su significación, no sólo en el arte toledano, sino en el conjunto del arte español.

Historia del edificio.—Fue mandado hacer por el Cardenal D. Pedro González de Mendoza, según testamento que otorga en 1494 y realizado durante el pontificado de Cisneros, entre 1500 y 1514. Es, pues, posterior a la fundación del Colegio del mismo nombre de Valladolid, obra de Vázquez, hecha entre 1480 y 1493. Sirvió de orfanato hasta 1846, en que pasaron los acogidos a San Pedro Mártir, quedando adscrito el edificio al Colegio General Militar. En 1863 se establecieron en él los huérfanos de Infantería hasta 1887 en que volvió a pasar a formar parte de la Academia General Militar. Posteriormente, pasó a Instrucción Pública, estableciéndose, a partir de 1919, la Biblioteca Provincial, el Museo Arqueológico y el Archivo de Protocolos, fruto en su mayor parte del esfuerzo de D. Francisco de B. San Román, funcionando así en la actualidad la parte hábil del edificio.

Emplazamiento y planta.—Sito en la bajada del Carmen, detrás de un amplio compás rectangular, sobre estructuras anteriores y sobre un vasto conjunto de sótanos. El solar fué el del Monasterio de San Pedro de Dueñas, de monjas, pues con ocasión de haber dejado los franciscanos el suyo, que estaba vecino de éste, por ir los frailes a encargarse de San Juan de los Reyes, las monjas ocuparon el de los franciscanos, quedando abandonado este sitio. Queda de esa fábrica el paredón lateral con ligero ventanal mudéjar que se basamenta en formidable arco de descarga. Mendoza prefirió este sitio al de las casas del Deán (hoy Audiencia, por creerlo más amplio e higiénico).

Su traza se debe a Enrique Egas, en planta de Cruz Griega que se considera derivada de un modelo milanés. Es, pues, uno de los grandes hospitales que realizó este arquitecto; los tres restantes son los de Valencia, Granada y Santiago, y bajo esta planta se comenzó a construir Tavera. El de Valencia se levantó en 1512, muy modificado en la actualidad; del de Granada sólo realizó dos patios como éste; y el de Santiago, que he estudiado, logró resolver los cuatro, pero acopló la Iglesia al Crucero y limitó la gran Cruz central, para permitir dependencias en los patios anteriores.

Hoy el de Santa Cruz presenta una gran Cruz de brazos iguales, precedida de un amplio zaguán; la cabecera está continuada por la capilla mayor. Se situó el altar mayor en el centro para que simultáneamente oyeran misa los que estuviesen en las ocho salas. Por poco tiempo debió durar esta disposición (si llegó a funcionar), porque inmediatamente a la construcción de la planta, se adicionó la cabecera con arquitectura igual al crucero. Hemos recordado la serie de hospitales creados por Egas para indicar la casi seguridad de que la cruz básica de la planta no se inspira exclusivamente en recordar la advocación del fundador. Entre los brazos de la ingente cruz, habían de alojarse cuatro patios de los que plenamente se realizaron dos.

Alzado.—Exterior.—Sólo presenta fachada en un lado, al que únicamente vamos a referirnos: en ella una gran puerta de ingreso y un grupo de nueve ventanas; está realizada en cantería del país, siendo la primera fachada que sin mampostería hemos registrado en Toledo.

La portada es grande e imponente; persiste en ella el modelo general toledano

dintelado; tiene amplio timpano, cubierto de escultura, en la que aparece Santa Elena en pie con la Santa Cruz, y delante el Cardenal Mendoza, figurando tras de él San Pedro, y San Pablo detrás de la Santa, habiendo un paje arrodillado a cada lado.

Contra la clave de la archivolta mayor, la Caridad; a sus lados las otras dos Virtudes Teologales. El arco tiene molduraciones abocetadas hasta llegar a una zona plana que ostenta la Cruz repetida. El arco y el bocel se continúa después del dintel hasta formar una semicolumna, movida en Candelabro y alojando las Virtudes Cardinales. Una segunda columna a cada lado de perfil más continuo, limita la zona anterior. La columna interior sigue el arco del timpano, vuelve al poco a hacerse recta para apoyar un friso en retablo, que representa el abrazo de Santa Ana, sobremontado por los típicos flameros.

En la decoración de la puerta, debió trabajar Vasco de la Zarza, por el carácter funerario de los temas, análogos al sepulcro del Tostado, en la Catedral de Avila (Virtudes, y los propios del lugar, que pasan al de Mendoza, de la Catedral).

Quedan como de Egas la cardina, las pulseras y los angelados del arco que parecen inspiración de Egas. En la obra, se barajan los nombres de Francisco Guillén, Sebastián de Almonacid, Petit Juan y Francisco de Baeza (Camón y Aznar), pero yo creo en la dirección o intervención de Covarrubias, a juzgar por la columna en candelabro, tipo que se acentúa en el ventanaje sin goticismo.

Ventanas.—Registramos tres tipos de ellas, dos que ahogan un poco la portada, de medio punto, sobre antepecho de grutescos y con molduras de rosas, a los lados columnas con resaltes del friso y sobre él dos candelabros, las remata un ático con el escudo entre bichas; el paredón tiene cuatro ventanás altas irregularmente dispuestas con ligera moldura, y encima el escudo; las tres ventanás bajas y las cuatro del ático no tienen ni decoración ni resalte.

Pared y alero.—Intensifica el carácter mudéjar del desnudo e inarticulado paredón el sobremonte del alero, donde entre dos filas de simuladas vigas corre un escueto friso de traza carpinteril, salpicado de cruces; el cual se interrumpe para dar paso al final de la portada. Otro friso más modesto, continúa sobre la portada; la separa del patio Heráldica del fundador; irregularmente salpica el paredón que tiene peor cantería al lado de la puerta, acaso aprovechada, mejorando en la parte del claustro. El ático nos parece un pastiche barroco, por lo que no lo describimos aquí.

(Continuará)

NUESTRA ÚLTIMA EXPOSICIÓN

(5.ª Exposición de Arte de Otoño 1952)

Hay que reconocer la eficacia de una Asociación como ESTILO, que reúne un número considerable de artistas y en dos épocas del año nos da ocasión de admirar sus notables progresos.

Han faltado en ésta algunos pintores de categoría, que nos han prometido su presencia en la próxima exposición de Primavera; han seguido presentando sus valiosas acuarelas Manuel Martín Pintado y Alfonso Bacheti; insuperables los dos artistas en su interpretación de cualquier tema que tratan. Hemos observado en Rafael Carrasco bastante progreso en la interpretación descriptiva del color, en la fidelidad del paisaje. Juan Jiménez Peñalosa presentó cuatro caricaturas muy acertadas; se destaca por su exactitud la de Laguna.

Gregorio Villarroel avanza de un modo definitivo, logrando una luz auténtica; entre sus obras se destaca su «Puerta de Alfonso VI», aunque un poco imprecisa de dibujo, es una de las más acertadas composiciones que se han hecho sobre este motivo.

También hemos notado gran preocupación, exactitud y dignidad respecto al modelo en la copia del «Caballero de la mano al pecho», y notable expresión en las restantes obras de Francisco Redondo.

La copia de «La Asunción», de José Vinader, fué elogiadísima; ni un reparo puede hacerse a una obra en la que se logró el color, el carácter y el dibujo del Greco; lástima que no tomase por modelo de la parte central del «Entierro del Conde de Orgaz», el original de Santo Tomé, pues se nota en esta copia menos exactitud de color que en las otras dos presentadas.

Antonio Maeso definió con su pincel, en su perfecta interpretación, dos de los más difíciles paisajes de Toledo.

Dentro del asunto gitano, presentó Antonio Moragón un estudio sobre figura femenina, en el que a las claras se nota a un alumno aventajado de la Academia de San Fernando; se alejó del tema conocido (gitana joven, atrayente y bronceada, en giro de faldas y de brazos), llevando al lienzo una gitana real, con su áspera psicología y su gesto desconfiado y agresivo; lo que el autor logró es para colmar de satisfacción al artista más exigente.

Un buen artista de la observación, lograda por su vida profesional y por su temperamento, es Eloy Molina; lleva a sus tres óleos, expresión, acierto y lejanías. Encontramos una pequeña desproporción de magnitud en el árbol de su paisaje «Vista de Toledo», si bien su situación de primer término es el que según las normas reales le corresponde.

Dos acuarelas sobre Guadalupe, magistralmente realizadas por su técnica, y encantadoras por el asunto, presentó uno de nuestros más entusiastas asociados, D. José Relanzón; el tono siena tostada que el

artista eligió, realza el carácter y personalidad de uno de los pueblos más pintorescos de España.

Gran novedad constituyó la presencia de tres obras, muy influidas por la técnica de Solana; nos referimos a los tres asuntos: «Noche de Tuna», «Turistas ante la Catedral» y «Camino del Valle», de Enrique Veloso; fueron bastante comentadas y todos reconocieron las grandes cualidades del artista.

Los dos cuadros de Alvaro Aguinaga revelan todo lo que puede un temperamento al servicio del arte; si quedaba en alguna de sus obras anteriores alguna pequeña deficiencia, que con toda nobleza le advertíamos, su espíritu de artista reaccionó de tal modo, que ya creemos ver en él a uno de nuestros más positivos valores.

Coincidimos en la misma apreciación de nuestro estimado compañero Sr. Ancos, en la excelente crónica que dedicó a la Exposición en «EL ALCAZAR», cuando nos proponemos enjuiciar la obra de Félix Muncharaz. El retrato de Rosina San Miguel es un modelo perfecto en su género; sus otros dos lienzos son inferiores. Es de admirar en tan asiduo entusiasta la constancia y laboriosidad que le caracteriza; en consecuencia, vemos superados sus últimos lienzos con notables progresos de color y ejecución.

Un comentario especial para un artista y un cuadro. D. José de Castro Gil es sencillamente un maestro. Ha presentado solamente una obra titulada «Jardín», y admiramos en ese cuadro todo lo que llamaba Rusiñol «la lucha de verdes»; lucha que fué vencida aquí por su autor; suelo perfecto; color auténtico, y excelente asunto poético.

El retrato a espátula de la bellísima hija de José Relanzón es definitivo. Artista de cuerpo entero, sería para ESTILO un honor que Pilar Travesedo siga presentando obras; el mismo comentario nos ofrece su «Marina», excelente e inmejorable.

El consumado artista Tomás Jimena presenta un buen retrato; conocida su larga vida, entregada al modelado y a la pintura, no ha de sorprendernos todo lo que hay que admirar de perfecto en sus obras.

Manuel Romero Carrión ha ofrecido a nuestra admiración cinco lienzos de temas varios; su «Puente de San Martín» es una vista romántica de Toledo, atinado de luz y de composición; su «bodegón», aunque hecho en horas, es excelente; una composición llena de vida «Pinares de Almorox» (un buen aprovechamiento de las jornadas veraniegas en el Campamento); lo mismo puede decirse de sus paisajes conquenses.

Merecen destacarse los notabilísimos trabajos presentados por Eduardo Amusco, que causaron la admiración de los visitantes, lo mismo que las pacientes miniaturas de Carlos y Andrés Marín. El busto de Don Antonio Bardón por Armando Fraile, fué también muy elogiado.

ALGO SOBRE MARINAS

Si al comenzar a pintar marinas es uno novato en todo cuanto a pintura se refiere, se tiene mucho adelantado, pues el artista que ya ha pintado figuras y paisajes y ha usado el pincel basto o la espátula, tiene bastante que olvidar, y se ve obligado a variar su técnica. Yo me encontré entre esos pobres aficionados que no saben nada y creen dominar muy bien «su estilo». Me costó mucho olvidar y volver veinte años atrás. Y ahora, pobre fatuo, pretendo ayudar un poco a mis compañeros que se encuentren por primera vez ante la maravilla de un modelo tan formidable como el mar. Mucho me alegraría que mis experiencias fuesen útiles para alguno de mis lectores.

Para pintar marinas, es condición primordial tener buena memoria y ser muy observador. Hay que adquirir un entendimiento psicológico con el mar, su movimiento y el comportamiento de los barcos en él, en sus variadísimos aspectos. Pretender pintar marinas en alta mar, es imposible; lo más que se puede hacer es tomar apuntes rápidos y voluntad para adquirir memoria visual; pero para esto es necesario sentir el mar. Lo ideal es poder disponer de un bote y salir cuando a uno le parezca mejor; pero no es imprescindible. Sobran puertos pesqueros por nuestras costas donde poder pintar el mar sin poner pie en él. (Especialmente quien se maree).

Al empezar a pintar la primera marina, hay ciertos fundamentos que se han de tener presentes, y si se ha pintado paisaje, se verá que son absolutamente distintos. Por ejemplo, es evidente que en el paisaje no se aprecia la curvatura de la tierra, y en la marina sí. En

el paisaje, el punto de todas las líneas horizontales que desaparecen, está en el horizonte, y la perspectiva es casi una ciencia exacta; pero en las marinas la perspectiva es solo una hipótesis. Pero, comencemos: ¿Dónde pondremos la línea del horizonte? Casi debo decir, dogmáticamente, que no se debe poner nunca en el centro del lienzo, pues suele ser un desastre.

Si el cuadro representara a unos pescadores cogiendo el copo o recogiendo la red, debe estar la línea horizonte bien alta. En cambio, si se quiere dar dignidad a un barco, debe estar baja, como si fuera uno un pez asomando la cabeza fuera del agua. Es imprescindible acordarse de que cuanto más «encima» del agua se esté, menos importancia adquirirá el objeto que sobre el mar flote.

Habiendo decidido dónde poner el horizonte, se puede empezar con el cielo y el agua. Si solamente se va a pintar cielo y mar, es posible poner un cielo agitado, tranquilo o complicado; todo lo que se vea de más raro en cuanto a colorido y nubosidad se refiere. Pero si se piensa meter en el cuadro algún barco de importancia, conviene elegir un cielo sencillo.

El colorido del agua varía por minutos y nunca es igual. Cambia desde un verde esmeralda, pasando por el verde cinabrio, hasta un azul prusia muy profundo. El agua siempre refleja el cielo, y siempre son más calientes los colores. Cuando el viento sopla hacia el observador, tendrá aquélla menos reflejos que cuando la azota en dirección contraria, pues la superficie de la espalda de una ola es bastante plana, y, en cambio, la de la cara de las

olas que se acercan, tiene un ángulo mucho mayor. Además, la ola, en el sitio donde suele romper, justo antes de hacerlo, tiene una transparencia enorme, viéndose la luz a través de ella, y es frecuentemente de un vivo verde veronés. Pero hay que acordarse siempre que el agua refleja siempre los colores más oscuros y calientes del cielo.

Cierto que hay muchas formas de pintar marinas. Unos prefieren el efecto rápido, el brochazo que da a entender que son olas, y otros el detalle y estudio minucioso de cada una. Pero para cualquier sistema es necesario estudiar la «anatomía» antes de querer prescindir demasiado pronto del detalle y trabajo, llamado hoy en día superfluo.

Es elemental y, por lo tanto, innecesario recordar que cuando hay sol no todo está reflejado por igual, y que un mar movido tiene muchas variedades de tonos; mas lo que sí es interesante observar y tener presente cuando se pinta en el estudio, es que en marinas los puntos de máxima luz tienen una curva muy marcada; es decir, que clavando el extremo de una cuerda en el dorso del bastidor, donde el sol debiera estar, y poniendo una tiza en el otro extremo de la cuerda, se va trazando un círculo por encima de las olas y acortando la cuerda para marcar las siguientes olas, y así sucesivamente. Un sistema antiguo, pero que me ha sido muy práctico para lienzos algo grandes, ya que así se consigue dar la curvatura del reflejo. Donde la tiza no toque, no habrá reflejo directo de sol. Según vaya desapareciendo éste, menos extendido será el reflejo, hasta que solo llegue a hacer un camino de luz, sobre las crestas

de las olas, poco más ancho que el propio sol. Cuando éste está en su punto más alto del cielo, las luces reflejadas serán millones de relampagueantes estrellas.

Un mar en calma, «plato de aceite» o balsa, como algunos lo llaman, tiene también sus dificultades. Como ya hemos dicho, el mar es un espejo, pero un espejo curvo; así es que vemos algo muy distinto hacia el horizonte que cerca de uno mismo. Los barcos reflejados en aguas tranquilas, presenta otro problema de perspectiva, y esto requiere observación cuidadosa y muchos dibujos y bocetos para trabajos mayores. Pintar yates y veleeros particulares, es difícil y pesado. Su encanto principal es la luz que juega entre las velas, apreciándose las costuras e incluso los coloridos del cielo. Pero siendo una cosa preciosa, no es artístico; resulta un

anuncio de artículos de limpieza: caoba barnizada y metales pulidos. No tiene el encanto de los hierros oxidados, maderas podridas, velas rotas y remendadas con trozos de lienzo de otros tonos. Los barcos pesqueros de cualquier tipo, son mucho mejores modelos y más agradables para una composición.

Una de las pruebas más duras de un buen dibujante, es el dibujo del casco de un barco. Hay cosas conocidas como difíciles, tales como una mano, un paraguas, un sombrero de copa, etc., pero esto son juego de niños en comparación con una nave. El costado del barco es bastante fácil, pero la dificultad empieza cuando se hace en perspectiva. Es imprescindible conseguir correctamente la curvatura de la borda. Es una línea curva con una inclinación de más o menos dos terceras partes de la longitud del

barco. De ella depende toda la gracia del casco y el resultado bueno o malo de un dibujo.

Al hablar de las dificultades de los barcos, no hay que olvidar la figura humana en proporción con ellos. Es complicado, pues la realidad no resulta verosímil ni posible cuando está sobre el lienzo, ya que casi siempre parecen las figuras enanos o gigantes. Un hombre de pie sobre la borda de un destructor, parece más grande que sobre la de un acorazado, y no diré nada del tamaño que adquiere en barcos pesqueros y de remos.

Pero todo esto es superfluo para una buena marina; no hay nada más grandioso que un mar encrespado, bien conseguido, con sus variadísimos tonos duros y transparentes a la vez, o una «balsa» reflejando el cielo y una costa de tonos fuertes.—PINCEL.

Comenzaron las conferencias y visitas de los asociados de «ESTILO»; estuvo dirigida la primera de este segundo ciclo por el Profesor D. Guillermo Téllez, que disertó sobre las Puertas Militares en Toledo. Asistieron numerosos oyentes y la charla del cultísimo conferenciante resultó del más alto interés.

* * *

En distintas fechas, todas dentro del mes de Noviembre, que corresponden al número próximo, han sido objeto de públicos homenajes nuestros asociados D. Adoración Gómez Camarero, al que se le ha dedicado una de las más típicas plazas toledanas, en justa recompensa a su labor meritisima para la

Coronación de Nuestra Señora de la Esperanza:

D. Julio Pascual, al que la Escuela de Artes y Oficios rindió un homenaje, al cumplirse los cincuenta años de fundación de tan prestigioso Centro cultural, por tratarse del más antiguo de sus profesores, por su admirable labor artística y sus reconocidos méritos; D. Juan Francisco Rivera Recio, a quien se impuso con toda solemnidad la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, el día de la apertura de curso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. AYER Y HOY felicita a nuestros tres queridos asociados y se suma de todo corazón, en la más ferviente adhesión, a estos homenajes. En el número próximo se dedicará una amplia información sobre estos actos, con una crónica bajo el título «El periodista, el artista y el investigador», por el Director de nuestra Revista.

RONDA

(CANTO A TOLEDO)

Por JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

Buscando itinerarios
de los claros de luna
para sentir el brillo, pilares e incensarios
que tus siglos prodigan,
he encontrado sus luces en tus luces
—las luces que me sigan—
en tu veste cambiante,
en tu lucir alturas anhelante...

Era oscura la noche
cuando emprendí la marcha,
con un frío de invierno. Y una escarcha
de plata se posaba.
Yo, deslizado en ella
sin pensar que me helaba,
absorto contemplaba,
lo mismo que el que mudo piensa ido,
a la visión primera,
tornándose el invierno en primavera.
Para ascender, las puertas se me abrieron
con un signo fragante de su vega
y fuime introduciendo piedra a piedra,
adivinando el agua que la riega.

(Será mejor ahora,
que todo está durmiendo en la pendiente,
regar también mis campos con su fuente
de leyenda sonora...)
Y al penetrar la cuesta sentí ríos.
de luces y de sangre
que arrancaron del Cristo los judíos.

Un paso más y el cobertizo iba
abriéndome otras puertas ya lejanas
leyendas de otras piedras castellanas
que viven allá arriba,
como si ondas fueran
o conchas que sus joyas me rindieran.

Reverbera en la noche y te ilumina
una estela ignorada.
Su claridad divina
te hace plaza primera inmaculada.
Siento entero, que esta noche importuna,
vacía de colores,
no permita los claros de la luna.
Es extraño Toledo sin sus besos;
pero es más que sin ella resplandece.
Selénica invisible reverdece
en la oscura calleja sus fulgores.

¡Oh fina oscuridad, oh noche pura,
que me aclaras la voz de Garcilaso
para vivir con él en tu figura...!

Me estás, luna, robando paso a paso,
y, émulo de tu luz y tu blancura,
surge un Toledo sol al cielo raso.

He doblado la esquina
retorciendo el sentido con sus vueltas.
Todo es una hornacina.
Las calles y las plazas
son los ríos azules con sus deltas.
Pero, sintiendo vuelos, yo me he visto
al pie de un monasterio,
llamarada de historia
que embarga mi memoria
y, extático, no existo,
pues me lleva su mundo de misterio
al pórtico lejano de victoria.
Me acerco a las mezquitas
y surgen sinagogas,
conjunciones morunas y estados israeli-
jardines y museos. [tas,
Vibrante, emocionada, en los rincones
suave canción del agua,
que en su marcha acaricia los peñones:
Delirante suspiro que, en el eco,
un adiós va dejando
a la ciudad del Greco.

Vives tan ascendente
que el que viene y te deja va pensando
que eres astro radioso, incandescente.

En el Taller del Moro, colocado
en medio de la calle. Tú a otro lado
me muestras la reliquia; y sorprendido,
al consultar la hora,
el tiempo y el espacio que atesora,
me quedo unos instantes sumergido
en la espesa negrura
de la noche que cubre tu figura.
Mas, si en tanto aclarara,
perdería los gozos que me esperan.
Escucho un canto de ara
entre campanas de oro.
¡Oh pregón celestial! En la espadaña
mezclan a su tañido con el coro,
y el Organo de España
a todo su clamor hace un tesoro.
Sensación de no estar,
remanso de San Marcos,
receptor de las ondas del altar,
tú me vienes a dar
sonoridad del alma con los rezos
que las monjas vecinas bisbisean,
las sombras que pasean...,
Toledo como es, sin aderezos.

Con un breve recuento,
milenario repaso de verdades,
se perfilan en ti las majestades
que alcanzaron contigo el firmamento.
Lumínicos temblores
cantándote me impulsan adelante,
pues llevo en el semblante
la música de tantos trovadores
que te fueron cantando.
Su lira se ocultó sin saber cuándo,
pero siguen tus mismos resplandores.

Rincones de San Justo silenciosos,
con las manos del Cristo estáis cubiertos.
Nocturnos ambiciosos
del arte y del encanto de leyenda,
en sus brazos abiertos
tenéis su corazón a la encomienda.
Y estando ésto diciendo
—lugar impresionante—
descubro a un caballero cual estatua
en actitud orante.
Dejéme tal sabor, tan reales cosas,
que presentí escuchar las cuchilladas
en sus palabras hondas, fervorosas.

Cada vez más de mi estación me alejo
y me adentro en tu mundo primitivo.
Te llevo soledad, mi lira dejo,
robándote secretos, fugitivo.
Albergues y posadas,
descanso de los nobles viajeros.
ya piedras desgastadas
sostienen como docto paraderos.
Con su presencia a mi sentido viene
la imagen de su Manco de Lepanto,
y un lirismo me envuelve y me detiene,
sin dominar el llanto,
expectante del humo de su canto...

Llego a Zocodover como olvidado
y ausente de mí mismo.
Oh Cristo de la Sangre, yo he soñado
o dormí con mi musa en el realismo.
La plaza está brillante y es espuma
de las aguas del Tajo.
No quiero que la noche se consuma,
y el Miradero, al aire,
me brinda su reposo.
Desmayo en su regazo venturoso
pintando en el espacio mi fortuna.

(Pues siendo selenita...
he visto a la ciudad ¡sin ver la luna!)

VOCES DE TIERRA

Quisiera ser una sombra del camino,
nube que apagara la sed del centeno,
o hermano del agua, piedra de molino

quisiera ser otro del que soy, más bueno

...Y tanto quiero que no soy más que un pino
que sin flores, hojas ni ramas; desnudo

está vagando por un llano frío y rudo
—sólo— en busca de la voz de mi destino.

Quisiera ser una sombra del camino,
nube que apagara la sed del centeno,
o hermano del agua, piedra de molino.

ALFONSO VILLAGÓMEZ RODIL



E. Castaños

15 - Octubre - Santa Teresa de Jesús.

Santa Teresa de Jesús

El eminente artista toledano, cordialísimo amigo, Emiliano Castaños.

¡Oh mística quietud en la dulzura
del coloquio sin fin con el Amado,
que en vuelo de querube ha transformado
el castillo interior de su hermosura!

Del barro del dolor hasta la altura
que deja el corazón transverberado,
—rojo lirio de amor en el costado—
al viento la seráfica escultura.

Ertasis prolongado que embelesa
sus ansias de volar hacia el esposo
con alas de bonanza y de promesa.

¡Acude ya, Señor, que vive presa,
en oscura morada, sin reposo,
el alma de la mística Teresa!

CLEMENTE PALENCIA

(Copia de la escultura de Bernini, por D. Emiliano Castaños)

Publicaciones de nuestros Asociados

Por CLEMENTE PALENCIA

LEGIONARIO DEL MUNDO, un nuevo libro de poesías de *Juan Antonio Villacañas*.

La infatigable laboriosidad de nuestro asociado Juan Antonio Villacañas, vuelve a ofrecernos una nueva publicación poética, en un folleto de presentación delicada, y con una expresiva ilustración del artista toledano Angel Pedraza.

Su título —«Legionario del mundo»— no corresponde a un sentido de combate simplista y vulgar; gira sobre problemas de lucha interior, sobre íntimos temporales que el poeta describe con verdadera novedad literaria:

«La tempestad de ayer hoy me traspasa,
mientras todo a mis pies se va muriendo».

Su modo poético sigue manteniéndose en un hondo y abstracto juego de metáforas, que obligan a pensar al lector; pero es su lenguaje noble, siempre en altura, el que impone su vigoroso contenido al pensamiento que se matiza de nuevos recursos:

«Y yo, altivo, me llevo de tu fuente
las aguas mansas en airado chorro».

Esta es la delicada estrategia, el batallar imaginado, «sin legiones, en lid desesperada», como dice el poeta; sobre estos motivos se desliza una inspiración viva de vehemencias y de angustias. Con frecuencia, aparecen versos logradísimos, inmejorables:

«Sé que aliviar la carga de mi mundo
fué quedarse tu casa sin un grano,
¡pero cómo tomaste entre tus dedos
la hierba que infestaba mi sembrado!»

¿Cómo pudo acrisolar, en tan poco tiempo de entrega a las Musas, expresiones de tan radiante diafanidad poética?

Sorprendido por la voz de la crítica, ha lanzado públicamente su credo literario en un interesante artículo de «El Alcázar» (4-11-1952). Sostiene en él, como base de la obra poética, ante todo la sinceridad. «No se puede idealizar la vida, dice J. A. Villacañas, sin que uno pueda tener el placer de sentirla idealizada».

En contestación a los comentarios de «Poesía Española», define lo que es renovación literaria y lo que es hacer juegos malabares con el verso.

Nada puede sorprendernos ya, pues cualquier obra suya va precedida de una meditada y prolija aptitud. Pensamientos sinceramente proyectados; aciertos en la captación; constante reflexionar dentro de un monó-

logo íntimo, exacto en la expresión, vibrante en la forma; todo esto discurre por los bellos sonetos de «Legionario del mundo», libro en que el poeta conquista la meta de sí mismo.

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LA JARA,
por *Fernando Jiménez de Gregorio*.

«El Archivo Español de Arqueología», publica un trabajo de investigación de nuestro asociado señor Jiménez de Gregorio, catedrático del Instituto de Enseñanza Media de Murcia. Describe el hacha neolítica de Buenas Bodas (Sevilleja de la Jara); azuela y hacha de Los Alares (Los Navalucillos); la cerca del cerro «El Castillazo», que domina la margen derecha del arroyo Tamujoso, con los hallazgos romanovisigodos en sus aledaños; los restos de viviendas ibéricas de Cascajoso del Río (Belvís de la Jara); y, por último, nos da una detallada descripción de la riqueza arqueológica encontrada en Talavera de la Reina (aras, estelas, basas, romanas, una pilastra visigoda, candiles árabes, etc.).

Va ilustrado tan notable trabajo con fotografías, perfectamente realizadas y clasificadas, de acuerdo con la exposición del texto. La obra del Sr. Jiménez de Gregorio es de extraordinario interés histórico y artístico.



Un chiste de AGUINAGA

Señor.—Camarero, un vermut, pero sin aceitunas.

Camarero.—Tendrá que ser sin otra cosa, porque aceitunas no hay.



EN EL SOLAR DE LOS CONCILIOS

Toledo, en su atrayente melancolía, abre constantemente su pasado a la Historia, al Arte y a la leyenda. Giran por sus puntos cardinales todas las estaciones, y de cada una recibe su peculiar encanto. Se coronan sus cigarrales de flores durante la primavera y teje el otoño sus atardeceres junto a los sitios en que antes vibraron las voces de otros hombres.

Roma levantó su circo junto al Tajo; vino el tiempo a desarticular las gloriosas ruinas. La Basílica que se hizo en loor de una santa toledada, oyó las plegarias de los visigodos, y bajo sus muros se celebraron sus más famosos concilios. San Isidoro no deja de recordar la importancia de los templos que él vió colmados de riqueza.

Hace este otoño un siglo que llegaba Bécquer a Toledo con un tesoro de ensueños; pensaba publicar su «Historia de los templos de España». Sólo pudo hacer el dedicado a Toledo, en 1857.

Comienza por describir la historia de la Basílica de Santa Leocadia; la dedica cuatro capítulos, remitiendo al lector, cuando llega a la Arqueología, a las impresiones que le dan Manuel de Assas, que terminaba de editar una interesante guía de Toledo, y a la «Toledo pintoresca», de Amador de los Ríos (Madrid, 1845).

Dice así Bécquer: «La primera figura que,

herida por un rayo de dudosa claridad, apareció deshaciéndose de las sombras como evocada por nuestro deseo, fué la efigie del Cristo, que posteriormente ha dado nombre a la Ermita.

Esta, que es de tamaño natural, tiene la frente inclinada, los cabellos esparcidos por los hombros, una mano sujeta a la cruz y la otra extendida hacia adelante, como en actitud de jurar.

Nosotros, que conocíamos la misteriosa tradición de aquella imagen, no pudimos por menos de permanecer inmóviles y mudos al mirarla adelantar su brazo descarnado y amarillento, al ver aún su boca entreabierta y cárdena, como si de ella acabasen de salir las terribles palabras: «Yo soy testigo...»

Nuestro eminente poeta lírico D. José Zorrilla, ha perpetuado la memoria de una de estas tradiciones en su leyenda titulada: «A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO».

La efigie del Cristo de la Vega pereció en el fuego a manos de los franceses, durante la invasión sufrida a principios de este siglo. La imagen que hoy se ve fué hecha a imitación de la primitiva, a la que, según el voto de algunos ancianos que la conocieron, es, en un todo, igual.» (Gustavo Adolfo Bécquer).—C. P.

EL PASADO QUE NO VUELVE

POR GONZALO PAYO SUBIZA

Antiguamente, y esta antigüedad empieza hace setenta u ochenta años, las fiestas de los pueblos ofrecían un panorama bastante distinto del que ofrecen las de hoy. Es curioso observar cómo se van perdiendo las facetas regionales y aspectos típicos en casi todas las provincias del centro de España. Concretándonos a la nuestra, Toledo, son muchas las costumbres ya desaparecidas o casi desaparecidas; se recuerdan el baile de la bandera, la danza de la espada o del sable que se bailaba delante de las procesiones..., etc. Pero lo que hoy quiero comentar, pues verdaderamente es una pena que haya desaparecido, es la existencia de las seguidillas, ya como espectáculo de baile verdaderamente brillante, bien en su modalidad de dicho popular, semejante en su contenido a los refranes de nuestra tierra.

Indudablemente, el que vayan desapareciendo estas viejas costumbres o tal vez tradiciones, parece tener relación con el hecho de que hoy ya no son los pueblos el oscuro rincón donde generaciones enteras se consumían, sin que el horizonte de su vida se extendiese más allá de los curvos cerros de su amado terruño, y su visión del mundo fuese solamente la que contemplaran a través de la pintoresca descripción del tío Juanillo «que había estado en Madrid». Y era por tanto natural que cada pueblecito crease su pequeño mundo, con sus costumbres, sus diversiones y hasta su refranero propio.

Hoy día, el cosmopolitismo ese de que tanto se habla, parece se va engullendo todas las costumbres habidas y por haber.

Pero es lástima, que una tierra que ha sabido poetizar su vida, sus afanes, sus amores... y poner una nota delicada en todo cuanto de rudo tiene la existencia en el campo, apague el resplandor de su luz poética al soplo helado de los motores de explosión y al ruido atronador de los tractores.

La seguidilla, cantar popular de siete o cuatro versos, según contenga o no estribillo, es como una gotita de ámbar endulzada con la miel de lo sentimental, la serenidad de lo filosó-

fico y la alegría de lo humorístico:

Cuando los labradores
se vienen de arar,
se queda el campo triste
y alegre el lugar.

Y este labrador, curtido en el molde de la Naturaleza, al llegar la noche siente en su corazón la aguja punzante del amor que le aguarda tras una reja. Pero ¡ay! que estos noviazgos a veces se prolongan, y como consecuencia:

Siete pares de «albarcas»
gasto en tu calle,
y un capote en la esquina
de «arrecostarme».

Y llega el domingo; y desde los escalones de la cruz de piedra que hay en el centro de la plaza, el robusto mozo admira el hermoso cuadro:

Parece mi morena
cuando va a misa,
pajarita de nieve
que anda y no pisa.

Qué bonita metáfora; sería una pena que la riente muchacha le respondiese:

De qué sirve que seas
buen mozo y alto,
si tienes la madera
de álamo blanco.

A veces se ven presuntos destellos Bequerianos en estas anónimas notas arrancadas de la lira manchega:

Si mis ojos te ofenden
yo los cerraré,
pero cierra los tuyos
que ofenden también.

O aquella:

Aunque ves que me río
y gasto chanzas,
de los dientes adentro
nada me pasa.

Con frecuencia la mujer no queda muy bien que digamos ante el severo juez de la ironía:

Si con desdenes miras
a quien te ama,

advierte que el desmayo
quita la gana.

A tu ventana, niña,
tienes un pobre,
No le digas: Perdona...,
dile que tome.

Algunas seguidillas recuerdan citas de la Historia Sagrada oídas al sacerdote en el Sermón de los Domingos, y con ellas dan mayor fuerza a su sabor humorístico:

Judit fué valerosa
pero con tradición,
que dió muerte a Holofernes
fingiéndole amor...
Que las mujeres
fingen amor al hombre
que matar quieren.

Aunque otras veces no les es necesario tan altas apelaciones:

Aunque muchas gallinas
divierta un gallo,
siempre la más querida
duerme a su lado...
Y el hombre a veces
suele tener al lado
la que aborrece.

La aspereza de la vida del labrador, le hace sentir a menudo nostalgias de paz:

A la muerte la llamo
no quiere venir,
que hasta la muerte tiene
lástima de mí.

En fin, todavía podría escribir muchas más, tan poéticas y risueñas como las que he citado.

Seguidillas, en las que está contenido todo el espíritu de nuestra patria chica, y cuyos pequeños versos retratan el carácter alegre de nuestros campesinos, salpicado de ese gracejo mitad filosófico y mitad aleccionador a lo Sancho Panza, que tan singulares hace a los pueblos de la Mancha.

Quédese pues para otro artículo nuevo comentario.

Pequeña Historia de un Paseo: EL MIRADERO

En la ciudad, el paseo es una institución tan respetada como cualquier otra y un monumento, el único, que se visita diariamente y se enseña al forastero que llega en los coches renqueantes de la Estación, como el primer exorno, gala primeriza que viste la ciudad en verano. Es, poniendo ejemplos, el Ayuntamiento o la torre de la Catedral; pertenece a su esencia un tanto provinciana de cosas vitales...

Desde lo alto de una azotea que dominara toda la quebrada topografía de la ciudad, o encaramados como cigüeñas en las veletas que rematan las torres mudéjares, podríamos cada día contemplar un rosario de gentes en ir y venir de hormigas humanas, que salen de plazuelas, asoman de recónditos patios o bajan escalinatas de Iglesia, y van perdiéndose en el laberinto de construcciones, en esta selva arcaica...

Todas, como en esos juegos de periódico infantil, que hay que buscar al cazador perdido o salvar al ahogado, van a converger a un mismo punto, y entonces el espectáculo desde las torres y azoteas sería, siempre repetido y siempre inédito, una marea humana ascendente, río de murmullos de seda y gasas limpias en frotar con los cuerpos, que sube y crece como levadura, y desemboca al escenario que se había quedado solo, en la penumbra, en un mutis total de personajes, llenándolo otra vez, y en escena van apareciendo, una a una, con máscaras y coturnos, como en una tragedia de Sofocles, los «dramatis personae», y una vez lleno el escenario de sonidos y sensaciones, no sé por qué mi subconsciente o lo que sea, me juega una pesada broma y ante mí aparece, quimérico, «El Carnaval», de Solana.

El Miradero tiene sus horas distintas, turnos diferentes para cada escalón humano y a cada uno, como un médico caro, le da su hora y le hace sentar por un tiempo determinado en sus bancos o recorrer su superficie poco a poco, y él pone caras nuevas para nuevos paseantes que llegan.

Lenta, espaciada, la tarde de verano se va derritiendo en sudores, y cuando ya el sol ha bajado de pedestal rojizo, el Miradero abre sus puertas de par en par y espera, impaciente, a que los niños le vayan a besar. Son los niños, la infancia, su primera visita. Después de la merienda, una pequeña caravana de niñas con niños al lado, alegría las bocacalles como una ronda juvenil, y cochecitos, niños y niñas, dan su saludo al paseo, que los recibe «alegre y confiado». Ellas buscan la «sombrecita» de siempre, de todas las tardes, donde haya soldados, y se llevan al cochecito con el bebé dentro, que será testigo mudo de esas conversaciones bucólicas, a modo de idilios pastorales sin pulimentar, en los que ellos, heroicos varones, poco duchos en lides amorosas, irán formulando, pesadamente, tartamudeantes sus toscos requiebros, que ellas agradecerán con un mohín picarón lleno de ruralidad. Los árboles del Miradero

mecen sus hojas al viento riendo y le cuenta luego todo.

Mientras, los niños se han unido en leal fraternidad y ensayan temas bélicos en la arena: unos son los coreanos del N., otros los del S., y convientan al banco en el Paralelo 38; pero lo malo es que hay tres chiquillos que aspiran a Mac Arthur, hasta que otro les dice que a Mac Arthur lo echaron por malo, que lo sabe su padre. Y la sapiencia paterna al ser puesta en duda por los demás, provoca el combate en el que unos se arrojan arena a otros y se revuelcan por detrás de las «alambradas». La batalla ha terminado y el campo aparece sembrado de niños que salieron de blanco y están de un «amarillo deslucido»; pero volverán a producir aviones y a bombardear la calva del señor viejo, que apoyado en su bastón, mira sin ver el horizonte montuoso. Rayos de sol y risas frescas, chiquillos toreros y generales jubilados con su eterno bastón, trazando rayitas en la arena, como si pretendieran descubrir el jeroglífico de su vida, que sólo es ya nombre a máquina en papel listado... Amas lacias y secas, que se sienten señoras de sí mismas, madres sin serlo; castillos de arena seca desmoronados y un ir y venir de edad temprana, con cubitos en la mano como de jornaleros activos. Esta es para mí, la mejor hora que ve el Miradero, horas sin problemas, de escenario casi bíblico poblado de felices ignorancias en la que todo el mundo juega a que el Miradero parezca un Belén sin Herodes y en que el mayor pecado es ensuciarse las manos...

Tras este plácido preludio se va llenando el paseo lo mismo que un globo de Feria. Llegan de la novena y el rosario, madres que buscan la caricia del último fruto, y con el velo aún, entran en la casa del Guardia a pedir una silla; buscan amables ranchos sombreados y forman la tertulia habitual, sacan los aparejos de costura y se van mezclando en las agujas las notas veces afiladas de una crítica que degenera en murmuración y los sucesos provincianos caen de sus bocas envueltos en tejidos más o menos podridos; son interrumpidas de vez en vez por unos ayes que conocen o por súplicas importunas de los retoños. La madre se levanta con el niño de la mano, se va a un rincón y lo tapa con su cuerpo mientras sigue haciendo punto, luego los tendrán que arreglar las ropas y mientras vuelven al sitio, piensan que ya habrán sido sacrificadas en ese ruedo mortal que forman las sillas de espadaña. Después, como en una danza ritual, el paseo se puebla, es la «hora de todos».

Carrusel giratorio, salón con palmeras sin hojas - palmeras erectas de tronco verdoso, que bifurcándose en su final estallan en luz en lugar de frutos, y una tras una siguen así hasta el final, como la espina dorsal del paseo, columna vertebral eléctrica a la que muchos chicos se agarran en contacto voluntario, para probar la sensación de sacudida, que querrán —¡oh maldad de microcosmos!— transmitir de mano en mano al paseante.

(Yo añoño aquella caseta, en cuya terracita tocaba la música algunos domin-

gos, más que por eso, porque era como un pequeño gimnasio con sus escaleras metálicas, y sus plataformas con barrotes verdes, en las que gustábamos de dar saltos y vueltas mortales, jardín de volatinería infantil y feliz refugio de «contrabandistas y ladrones». Hoy los niños no pueden jugar al escondite)...

Entremos de lleno en el mar de gente y «demos una vuelta», mezclémonos en esa zarabanda turbulenta en la que nadie se marea, pero antes de entrar en el paseo se observa un pretil, el rabo del paseo, que es el trozo de barandilla en la cuesta que sube de la Vega, en la que día a día, y unos junto a otros, toman asiento viejos sin sol, clérigos de olla y puchero, que convivieron en esa cola de dragón erizada de pías metálicas y respiran a medias la brisa con olor a cieno que sube del tajo, viajeros los últimos de éste viaje y los primeros para el otro.

Entramos y nos detiene con su pregón la botijera que dice haber llenado su barro blanco del aljibe escondido, bebemos y le pagamos en una calderilla que ella guarda en la mano ya sucia del contacto con las «perras»; el hombre de al lado tiene ya una faltriquera en la que va echando las monedas. Esta es la líquida bienvenida del paseo, refresco barato que ofrece el Miradero.

Andemos y a poco un chiquillo nos extiende la mano sin hablar, bisbisea en su boca entreabierta una retahila y nos acusa hasta sacar la perrilla o una exclamación mal contenida de... ¿? Sigamos, pero cuidado, en carrera loca, nos atropellan dos arrapiezos uno en pos del otro, y por detrás una señora con un cochecito nos pedirá permiso para «pasarnos» como si fuera un autobús de viajeros. Lo que más observo, subiendo desde las corbatas chillonas, son los gestos, las actitudes de los paseantes: el noventa por ciento son «pensadas», pero es una premeditación casi irreflexiva (y esto, aunque a primera vista lo parezca, no es una antinomia); en ese porcentaje se influye al joven que se mete la mano en el bolsillo y la vuelve a sacar al rato sin saber lo que hacer con ella o a la chiquilla coqueta que se atusa el pelo y lanza miradas oblicuas, de lado, como las que vió en la última proyección de Eva Gardner. Se nota la influencia del «cine» en la mímica del paseante. Con nuestros codos abrimos paso en esta jungla humana y pasa rauda a nuestro costados una legión de tempranos Tenorios, persiguiendo con piropos groseros a un grupo de chicas con vestido nuevo; ellas en el fondo lo desean aunque los amonesten —riendo— a marcharse de allí. Y luego solemne, con paso quedo, por el centro del paseo, el pedante gomo, el fatuo jovenzuelo de corbata con nudo hasta el gonzate, perfecto, inmarchitable, estirándose la chaqueta para evitar arrugas, hace de pavo real en este concierto de animalidades (y digo animalidades, por lo impensado, irreflexivo de todos sus actos; reflexión y premeditación hecha irreflexión por la habitualidad).

PABLO GARCÍA MANZANO

MEMORIA

Sucintamente, para no cansar vuestra atención, vamos a daros cuenta de las diversas actividades a que dió cima la Asociación el pasado año 1951. La Junta Directiva puso el mejor empeño para que los afanes y deseos de todos se vieran coronados por el éxito. Y está satisfecha de esta labor, y del aliento y colaboración recibidos de los asociados, cual semilla fructífera que, cada vez más, expande el renacer cultural y artístico en la adormecida conciencia toledana. Misión singularísima de «Estilo», que ve engrosar sus filas con nuevos valores y entusiastas simpatizantes, que nos llena de orgullo y de ilusión.

Actividad artística y cultural.—Con el apoyo moral y material del Excelentísimo Sr. Gobernador Civil, se organizó el tradicional concurso literario y de carteles de la romería de la Virgen del Valle. Resultaron galardonados con los premios de verso y prosa D. Pablo Gamarra y D. Rufino Miranda, y los cartelistas don Antonio Moragón y D. Alfonso Bacheti, con el primero y segundo premios de esta especialidad, respectivamente. Destacamos también el triunfo del asociado don José Relanzón, que obtuvo el primer premio del concurso de carteles del Corpus.

Las anuales Exposiciones de Primavera y Otoño, montadas en el salón alto de las Casas Consistoriales, alcanzaron una brillante resonancia y unánimes elogios de los numerosos visitantes que desfilaron ante las magníficas obras de Pintura, Escultura y Dibujo, expuestas por nuestros asociados en noble pugna artística, de alta calidad en los maestros, y de elocuente promesa en los noveles.

La feliz idea de la Directiva de organizar un ciclo de visitas a las bellezas monumentales que atesora la ciudad, mereció la más cálida y entusiasta acogida de los asociados. Los ilustres Profesores D. Guillermo Téllez, D. Clemente Palencia y D. Juan F. Rivera, dirigieron las visitas realizadas a la Mezquita del Cristo de la Luz, Sinagogas de Santa María la Blanca y del Tránsito, y Catedral, en donde desarrollaron notables conferencias con eruditas descripciones artístico-históricas, que deleitaron a la numerosa concurrencia que asistió a ellas.

La nueva actuación del «Trío de Madrid», celebrada en el Centro de Artistas e Industriales el 18 de Noviembre, resultó magnífica, y acreditó, una vez más, el sólido prestigio musical de los profesores solistas que le componen. Ejecutaron un selecto programa, que fué premiado con el aplauso cerrado de los asistentes.

Excursiones y festivales.—El domingo 6 de Mayo, y para conmemorar el V aniversario del natalicio de Isabel la Católica, «Estilo» se trasladó a la histórica villa de Ocaña, de gratos recuerdos isabelinos, celebrando un acto público en el Teatro, con la intervención de destacados miembros de la Asociación, de cuya brillantez dió una amplia referencia nuestra Revista en su número 22.

El 2 de Junio tuvo lugar la excursión al Monasterio de Piedra, que constituyó un éxito de organización y un perenne recuerdo en los asociados, que recrearon su vista y saturaron su espíritu con las bellezas naturales de aquellos parajes de

enseño, en donde la roca, el agua y la exuberante vegetación, componen la más perfecta armonía.

A la I Biental Hispano-Americana no podía faltar la visita de nuestra Asociación. Y a ella acudió un nutrido grupo el 16 de Diciembre, para contemplar la numerosa producción artística, que hubo de ser expuesta en tres locales diferentes.

Cerramos este capítulo consignando la simpática cordialidad y gran animación que reinaron en los tres festivales organizados a lo largo del año, ya tradicionales en el ambiente de nuestra Asociación.

Distinciones a los asociados.—La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, recibió en su seno, como académico numerario, a D. José Pastor, que pronunció un documentado discurso. Sus merecimientos le han llevado a tan docta Corporación, por lo que le felicitamos sinceramente.

El llorado maestro Jacinto Guerrero, fué objeto en el Teatro Albéniz, de Madrid, de un entrañable homenaje con motivo de haberle sido concedida la Medalla al Mérito en el Trabajo de 1.ª clase, en su categoría de Plata. Anotamos esta distinción al ilustre asociado y popularísimo músico toledano, con el ánimo conturbado. Poco tiempo habría de disfrutar la merecida recompensa. El 18 de Septiembre descansó en la paz del Señor, y el sepelio constituyó una de las manifestaciones más imponente que haya presenciado el pueblo madrileño, que se asoció espontáneamente sin distinción de clases. Una semana antes, Toledo le dedicó un homenaje y una calle, la de Trastámara. En el festival artístico celebrado en el Teatro de Rojas, dirigiendo el Himno a Toledo que compuso en sus años mozos, dejó sobre el atril los últimos jirones de su agotadora vida de artista.

A nuestro Presidente y Director de la Escuela de Artes D. Enrique Vera, le fué impuesta, en sencilla ceremonia el 16 de Noviembre, la Encomienda de Alfonso X el Sabio, por el Director General de Enseñanza Laboral. Asistieron al acto personalidades de Madrid y las Autoridades locales; profesorado de la Escuela y representaciones de los Centros Culturales y de Enseñanza de la ciudad. Justa recompensa a una larga vida dedicada al arte, a la enseñanza y a Toledo. «Estilo», del que nos hacemos portavoz, le felicita cordialmente.

Revista y biblioteca.—Cabe destacar el creciente interés por nuestra Revista AYER y HOY, que es buscada y leída con delectación. A su director D. Clemente Palencia, a los asiduos colaboradores y a cuantos contribuyen con sus meritorios trabajos a mantener enhiesto el prestigio de la Revista, que es el de la Asociación, les expresamos el agradecimiento más profundo por sus valiosas aportaciones.

Con destino a la Biblioteca, la Asociación se ha suscrito a la publicación «Rumbos», revista literaria y de arte, y ha adquirido el «Cancionero Manchego», interesante recopilación, del que es autor D. Pedro Echevarría Bravo, músico de Tomelloso.

Inauguración del domicilio social.—El día 24 de Julio, la Asociación tomó posesión oficial de su domicilio. La bellí-

sima Puerta del Sol, generosamente cedida por la Dirección General de Bellas Artes, se convirtió desde entonces en nuestra residencia social. Asistieron las Autoridades locales y numerosos asociados. Nuestro Presidente, en breves palabras, agradeció su presencia y solicitó su apoyo moral y material. Don Clemente Palencia, en nombre de la Sociedad, resumió una serie de ideas y propósitos que se acogieron con gran interés, terminando con un encendido elogio de Toledo y de su arte. Cerró el sencillo acto el Alcalde de la ciudad, D. Andrés Marín, que hizo un panegírico de la Asociación y prometió su ayuda incondicional.

Las Autoridades y los asociados admiraron después la artística y sobria decoración del local, expresando sinceros plácemes a los artistas que habían contribuido a su ornamentación.

Subvenciones.—Hacemos público nuestro agradecimiento a la Dirección General de Bellas Artes, a la Diputación Provincial y al Municipio toledano, por las subvenciones que nos han concedido, las cuales han permitido desarrollar con desahogo las actividades de todo género que ha organizado la Asociación en el transcurso del año.

Movimiento de asociados y estado económico.—Cuenta la Asociación, en fin de Diciembre, con 260 asociados, de los cuales 19 residen fuera de Toledo. El número de bajas habidas suman 22, entre éstas, la pérdida sensible de D. Fabriciano Gómez, excelente pintor, a cuya familia hacemos presente nuestro sentido pésame, y el de altas 63. Señalamos con satisfacción el auge que va tomando la Asociación, merced al interés y desvelos de todos, que nos obliga a superarnos cada día por el prestigio de ella y de Toledo.

La situación económica presenta el siguiente estado, referida al 31 de Diciembre: Metálico en poder del Tesorero, 3.028,70 pesetas, y en la cuenta corriente abierta en el Banco Hispano Americano, 7.496,59, que hace un total de 10.525,29 pesetas.

Por último, agradecemos a las Autoridades, al Centro de Artistas e Industriales, al Instituto de Enseñanza Media y a cuantos nos han prestado su colaboración y ayuda. las más rendidas gracias en nombre de la Asociación.

El Secretario,

MARIANO GONZÁLEZ VILLALBA

El número próximo estará dedicado con preferencia a temas de Navidad. Se ruega a los colaboradores entreguen sus trabajos —Alfonso XII, 9, pral., dcha.—, antes del día 8, con el fin de tener publicado el número para el día 22 del próximo Diciembre.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

